

Un libro reúne varios textos de **Amelia Castilla** sobre la trayectoria de, entre otros, Lola Flores, Camarón y Paco Rabal. Un friso de la cultura popular

El obituario también es un género periodístico

por **MANUEL LLORENTE**

España siempre ha enterrado bien a los muertos.

Bien porque en vida al fallecido no se le hizo mucho caso, o no el suficiente, bien por cierto respeto. Aunque el obituario, un género periodístico en sí mismo, también ha servido para ajustar cuentas con el finado. Sin embargo, no goza del prestigio de otros países, sobre todo en el mundo anglosajón. Allí hay periodistas, la mayoría de edad proveya, que se ocupan con celo a trazar un perfil accesible a todos los públicos antes de que el personaje en cuestión fallezca y, de vez en cuando, refrescando sus quehaceres. El texto queda hibernado en la llamada *nevera* hasta llegada la hora.

«Los editores del *New York Times* creyeron castigarme encargándome la redacción de notas necrológicas. Nunca fui más feliz. La escritura de obituarios estaba en la órbita de la historia personal, de la biografía, era el resumen de la valía e influencia de un sujeto». Esto lo cuenta Gay Talese en *Retratos y encuentros* (Al-

faguara), así que nada que añadir: Amelia Castilla (Ocaña, 1955), periodista durante cuatro décadas en *El País*, donde ha trabajado en casi todas las secciones del periódico, ha reunido (y ampliado) los obituarios y entierros de ocho personalidades del mundo de la cultura muy distintos, desde Lola Flores y Rocío Jurado a Paco Rabal y, sobre todo, Camarón de la Isla. El libro, *Mis entierros de gente importante* (Demipage), evoca una España a medio hacer, entre una idolatría a las folclóricas y la modernidad que trajo Antonio Vega o el Enrique Morente de *Omega* con Lagartija Nick que recuperó al Lorca surrealista.

«La muerte todo lo magnifica», escribe Amelia Castilla. Todo se exagera. Los periódicos, cuando se trata de un muerte ilustre, no escatiman páginas. Ya sea Fidel Castro o la reina de Inglaterra, la cuestión es no quedarse atrás. Las prisas en la redacción, la urgencia de la hora, las llamadas para que escriba un entendido, ese terremoto que sacude a los periódicos lo cuenta Amelia Castilla con



AMELIA CASTILLA
MIS ENTIERROS DE GENTE IMPORTANTE
Demipage, 212 páginas. 18 €

DOLOR Y 'DOLOR' EN CHIPIONA
Hasta Julio Iglesias se acercó al santuario de la Virgen de Regla en Chipiona para despedir a Rocío Jurado. “En la lucha por aumentar la audiencia, las presentadoras parecían más afligidas que los familiares” (Castilla)

jugosas anécdotas pues estuvo en el ajo. Eran tiempos en que el periodista se pasaba el día en la calle (recalca) para ver lo que pasaba de primera mano.

Mis entierros de gente importante se abre, sin embargo, con la muerte de Carmen Polo, la viuda de Franco. Tuvo que ir la periodista a la madrileña calle de los Hermanos Bécquer en 1988 «por casualidad». Allí vio un mundo que agonizaba. Los nostálgicos de la España en blanco y negro se agolpaban, el confesor aseguraba que la *Collares* había muerto «tranquila y sin enterarse» y la mujer de un coronel aseguró que la difunta «no ha pasado ni por el Purgatorio», tan devota era.

Ahora puede parecer exagerado pero por la capilla ardiente de Lola Flores pasaron, asegura Castilla, unas 150.000 personas. El gentío hacia cola de hasta tres horas. Doce furgonetas repletas de coronas y flores acompañaron la comitiva que avanzaba entre gritos de iguapa!, iguapa! El delirio llegó 15 días después, cuando también de madrugada falleció su hijo Antonio en la cabaña de madera que la Faraona le hizo levantar en *El Lerele* de La Moraleja.

El paroxismo del libro lo alcanza Camarón. Cuenta su fe en los curanderos, el ambiente de los conciertos, su calvario por las drogas, los líos legales por derechos de autor con Paco de Lucía, la noche rota de Curro Romero en La Línea ante el féretro. Una España a flor de piel. **L**